

Lejos estaban esas leyes de haber sido hechas para Francia ¿Qué hubiera sido de la Asamblea Constituyente si semejantes leyes hubiesen estado en vigor durante la noche del 4 de agosto de 1789? (a).

Esto nos mueve á hacer una triste reflexion. Siendo en general los franceses de aquella época tan fanáticos admiradores de la antigüedad, no habian al parecer tratado de imitar mas que los vicios y casi nunca las virtudes. Connaturalizando entre ellos las devastaciones y asesinatos de Roma y de Atenas, sin elevarse á la altura en que fueron alguna vez cometidos en aquellas regiones, pueden ser comparados á los tiranos que para embellecer su país despojaron la Grecia de ruinas y sepulcros.

Vamos á entrar ya en un terreno sagrado en que á cada paso se nos presentaran variados objetos de admiracion. Tal vez me seria posible revelar desde ahora muchas cosas, mas aun no es tiempo. Lectores, vuelvo á repetirlo, dominad cuanto podais vuestras preocupaciones. El momento en que principia á descorrerse un pliegue del velo es el momento de mas sensibilidad, particularmente si lo que se nos presenta á la vista no está en el órden de nuestras ideas.

Muchas veces me han criticado de ver los objetos de un modo distinto de los demás (b); tal vez será así. Mas si me juzgan sin darme tiempo de desarrollarme á mi manera, ¡si empiezan á disgustarse de ciertas cosas antes de verlas colocadas en el sitio que deben tener para formar el conjunto armónico de las partes, entonces mas me valdría interrumpir mi tarea, pues no tengo ni el talento, ni el deseo de pensarlo y decirlo todo de una vez.

Vuelvo al asunto.

CAPITULO VII.

ORÍGEN DEL NOMBRE DE LAS FACCIÓNES LA MONTAÑA Y LA LLANURA.

Quiso coronar Solon sus trabajos con un sacrificio. Viendo que su presencia causaba trastornos en Atenas, resolvió condenarse á un destierro voluntario. Arancóse, pues, para un término de diez años de la dulce morada de la patria, y antes hizo prometer á sus conciudadanos que vivirian en paz hasta su regreso. No tardó en conocer que no es dable aplazar las pasiones.

Hacia ya tiempo que el Estado alimentaba en su seno tres facciones que incesantemente lo estaba desgarrando. Reuniéndose algunas veces por interés, ó quedando tranquilas por efecto de cansancio parecian por un momento extinguidas, mas de allí á poco tornaban á desarrollarse con nueva furia.

La primera, llamada de la *Montaña*, se componia, así como el famoso partido que hubo del mismo nombre en Francia, de los ciudadanos mas pobres de la república, que solo querian una democracia pura (1), estableciendo un senado (2) y admitiendo exclusivamente á los ciudadanos ricos en la clase de la magistratura (3). Solon habia opuesto un poderoso dique á la fogosidad del pueblo, y la *Montaña*, al verse engañada en sus esperanzas, no aguardaba mas que una ocasion favorable para insurreccionarse contra estas

(a) Duro es este juicio, mas evidentemente no se refiere mas que al estado de embriaguez en que se supone se hallaban los miembros de la asamblea Constituyente la noche del 4 de agosto de 1789. En la actualidad, yo examinaria mas detenidamente cualquier hecho histórico antes de establecerlo por base de una reflexion. (N. ED.)

(b) Ya he escrito otra nota para desvirtuar este tono de pedanteria que mi inexperiencia me hacia tomar. ¿Quién me habia de criticar, si nadie me conocia aun?

- (1) PLUT., in Solon.
(2) HEROD., lib. I, cap. LIX.
(3) HERODOR., lib. I, p. 88.

últimas instituciones. Estos pueden llamarse los jacobinos de Atenas.

El segundo partido, conocido con el nombre de la *Llanura*, se componia de ricos propietarios que creyendo que el legislador habia extendido demasiado el poder de la clase proletaria, pedian una constitucion oligárquica que fuera mas favorable á sus intereses (4). Estos propietarios eran los aristócratas.

Finalmente otro tercer partido conocido por el nombre de faccion de la *Costa*, daba cabida á todos los mercaderes del Atica, que igualmente temerosos de la libertad concedida á los pobres, que de la tiranía que aspiraban los ricos, pedian un gobierno mixto, á propósito para enfrenar á unos y otros (5). Puede, pues, decirse que desempeñaban el papel de los moderados.

Atenas se encontraba, como acabamos de ver, en la misma situacion que la Francia republicana: nadie estaba contento con la nueva constitucion: todos pedian otra y cada cual la pedia con arreglo á sus intereses particulares. De aquí se ve nacer el origen de las denominaciones que los franceses aplicaron á sus partidos (c), removiéndolo como si no les bastáran sus animosidades nacionales, las cenizas de facciones extranjeras entre las ruinas de los Estados que han sido devorados por ellas.

CAPITULO VIII.

RETRATOS DE LOS GEFES.

De unas mismas causas nacen unos mismos efectos. En Atenas debieron surgir en aquellas circunstancias tiranos semejantes á los que hemos visto últimamente en París. Pero cuanto mas excede el siglo de Solon al nuestro en moralidad, tanto mas superiores en talento fueron los facciosos del Atica á los de Francia.

Al frente de los montañeses se distinguia Pisistrato (6), bizarro (7), elocuente (8), generoso (9), de aspecto simpático (10) y de imaginacion culta (11). Nada tenia de semejante á Robespierre mas que una disimulacion profunda (12), ni del infame Orleans (d) mas que las riquezas (13) y lo ilustre de la cuna (14). Tambien siguió la senda que este último conspirador trató de seguir en nuestros dias: hizo resonar la palabra *igualdad* (15) en el oido del pueblo, y en tanto que sus labios no sabian al parecer pronunciar otra palabra que libertad, ocultaba la tiranía en el fondo de su alma.

Licurgo mereció la confianza de la *Llanura* (16).

(4) PLUT., in Solon, p. 88.

(5) *Id. id.*

(c) Hé aquí el principio de las comparaciones violentas: ¿Cómo he podido yo imaginar que los tres partidos atenienses: la *Montaña*, la *Llanura* y la *Costa*, cuyos nombres no significaban mas que las opiniones políticas de tres clases de ciudadanos, estaban representados en las tres secciones de la Convencion francesa? Cuando uno se ha dejado dominar de una idea, y se quiere que todo quede subordinado á ella, se establecen sin ningun fundamento las imaginaciones mas vacias de sentido como hechos indudables. (N. ED.)

(6) PLUT., in Solon.

(7) HEROD., lib. I, cap. LIX.

(8) PLUT., in Solon.

(9) *Id. ibid.*

(10) ATHEN., lib. XII, cap. VIII.

(11) CICER., de Orat., lib. III, cap. XXXIV.

(12) PLUT., in Solon.

(d) Como comentario á esta expresion violenta, puede el lector ver un pasaje en el capítulo XII de la segunda parte de este *Ensayo* que principia: «Ya un Bonbon que debia ser el mas rico etc.» (N. ED.)

(13) HEROD., lib. I, cap. LIX.

(14) *Id.*, lib. V, cap. LXV.

(15) PLUT., in Solon.

(16) *Id. ibid.*

Nada casi sabemos acerca de este personaje, que probablemente seria uno de esos oscuros intrigantes que el torbellino revolucionario exalta alguna vez á la cumbre del poder, sin que ellos mismos puedan darse razon de cómo han subido. Los aristócratas de Atenas no anduvieron mas acertados en la eleccion de sus caudillos que los aristócratas franceses.

Parece que hay hombres que en el intervalo de algunos siglos renacen en distintos pueblos y con diversos nombres para desempeñar un mismo papel en iguales circunstancias: Megacles y Tallien parecen comprobar este aserto. Ambos debian á un casamiento ventajoso la consideracion que se dispensa á la riqueza (1), ambos figuraron al frente del partido moderado (2) en sus respectivas naciones y el uno y el otro se dieron á conocer por la volubilidad de sus principios, y por la semejanza de su destino. Vacilando el ateniense, así como el revolucionario francés á merced de un carácter caprichoso fue por de pronto subyugado por el talento de Pisistrato (3), en seguida consiguió derribar á este tirano (4) y no tardó en arrepentirse de haberlo hecho: volvió á confederarse con los montañeses (5) y á indisponerse nuevamente con ellos: fue expulsado de Atenas, volvió á presentarse en escena, y por último, quedó enteramente eclipsado en la historia, último paradero de los hombres sin carácter: luchan por un momento contra el olvido que les amenaza, y por último término se abisman repentinamente y desaparecen en su propia nulidad.

Tal era la situacion de Atenas cuando Solon al cabo de diez años de ausencia volvió á su desgraciada patria (a).

CAPITULO IX.

PISISTRATO.

Despues de haber andado errante por el mundo el hombre, cediendo á un instinto particular de su naturaleza, desea ir á morir en las mismas regiones en que vió la luz y sentarse por un momento al borde de su tumba bajo los mismos árboles que dieron sombra á su cuna. La vista de estos objetos, que tambien han cambiado, le recuerda á un mismo tiempo los afortunados dias de su inocencia, las calamidades que les siguieron, los azares y rapidez de la vida, y se reanima en su corazon ese conjunto de ternura y melancolia que suele designarse con el nombre de *amor de la patria*.

¿Qué profunda debe ser la tristeza del que al volver á su patria la encuentra decaída de su esplendor antiguo y casi desierta y entregada á las convulsiones de los partidos! Los que viven en medio de las facciones y se van digámoslo así envejeciendo con ellas, apenas echan de ver la diferencia que se va estableciendo entre lo pasado y lo presente; mas el viajero que regresa al hogar paterno, y ve los campos arrasados durante su ausencia, queda hondamente afectado al ver tan funestas innovaciones, y experimenta

(1) HEROD., lib. VI, cap. CXXV, CXXXI.—Véanse todos los papeles publicados acerca de los asuntos de Francia. Megacles era rico; pero su fortuna se aumentó considerablemente por su matrimonio con la hija de Clístenes, tirano de Sicyone.

(2) PLUT., in Solon.; Páp. Pub., etc.

(3) *Id. ibid.*, p. 96.

(4) HERODOR., lib. I, cap. LXIV.

(5) *Id. ibid.*

(a) ¡Pisistrato y Robespierre, Megacles y Tallien! Pido perdón al lector por semejantes incoherencias, asegurando que me ha sido muy doloroso el volver á leer estas páginas. Acaso habrá alguna afinidad en esos retratos, mas el parecido no es exacto.

igual sensacion que al encontrar al cabo de algunos años un amigo en cuyo rostro se han impreso profunda y rápidamente las huellas del dolor. Tales debieron ser poco mas ó menos las sensaciones de aquel ilustre ateniense, cuando pasados los primeros momentos de alegría al verse entre sus amigos fijó su vista en la desolada patria.

No vió en su alrededor mas que un caos de anarquía y de miserias: trastornos, division y opiniones encontradas. Los ciudadanos se habian convertido en otros tantos conspiradores: apenas podian encontrarse dos hombres que pensasen de un mismo modo, ni dos brazos que hubiesen obrado de concierto: cada cual llevaba en su seno el germen de una nueva faccion, y aunque todos estaban acordes en aborrecer el último sistema de gobierno, todos discrepaban por lo tocante á las bases de una nueva organizacion (6).

En tales apuros Solon trataba de buscar un hombre honrado que sacrificando sus intereses pudiera volver á restablecer la calma. Creyó que este hombre podria tal vez encontrarse al frente del partido popular; dejóse por un momento seducir por las ventajosas apariencias de Pisistrato, mas no tardó en conocer que se habia engañado. Comprendió que de dos motivos que concurrían á la realizacion de un hecho, es preciso esforzarse en creer que el uno es bueno, pero obrar como si no se creyera. Solon como muy profundo conocedor del corazon humano, corrió muy pronto lo que debia prometerse de un hombre rico y de ilustre cuna, adherido á la causa del pueblo; lo conoció pronto; pero ya era tarde.

Estando á punto de denunciar la conspiracion, cuando Solon nada esperaba ya para hacerlo mas que adquirir algunos nuevos datos, se presentó inopinadamente Pisistrato á los ojos del pueblo en la plaza pública cubierto de heridas que él mismo se habia hecho (7). El pueblo se reune tumultuosamente. En vano Solon se esfuerza para que oigan su voz (8): el pueblo se enfurece: llena de insultos al sabio anciano, y decreta por aclamacion una formidable guardia que protege á la ilustre víctima de la democracia, que los nobles habian querido asesinar. (9). *O homines ad servitutum paratos!* Hemos visto en nuestros dias un tirano que usó del mismo artificio en la Convencion.

Nadie que tenga la menor nocion de política necesita que se le diga lo que resultó de semejante decreto. No puede existir democracia donde haya una fuerza militar en activo servicio. ¿Qué juicio formaremos de las cohortes del Directorio? Pisistrato se apoderó de allí á poco de la ciudadela (10) y habiendo desarmado á los ciudadanos, como la Convencion á las secciones de París, reinó en Atenas con todas las virtudes excepto las de republicano.

CAPITULO X.

REINADO Y MUERTE DE PISISTRATO.

La victoria acompañará al partido popular siempre que este sea dirigido por un hombre de talento, porque aventaja á todas las otras en la brutal energia de la muchedumbre que no comprende los encantos de la virtud, ni siente los remordimientos del crimen.

No hay que perder de vista que los prósperos resultados no aseguran la felicidad, como lo demuestra la historia de Pisistrato. Viéndose arrojado del Atica por Megacles se reunió con Licurgo y fue de allí á poco vuelto á llamar por ese mismo Megacles que

(6) PLUT., in Solon.

(7) HEROD., lib. I, cap. LIX y LXIV.

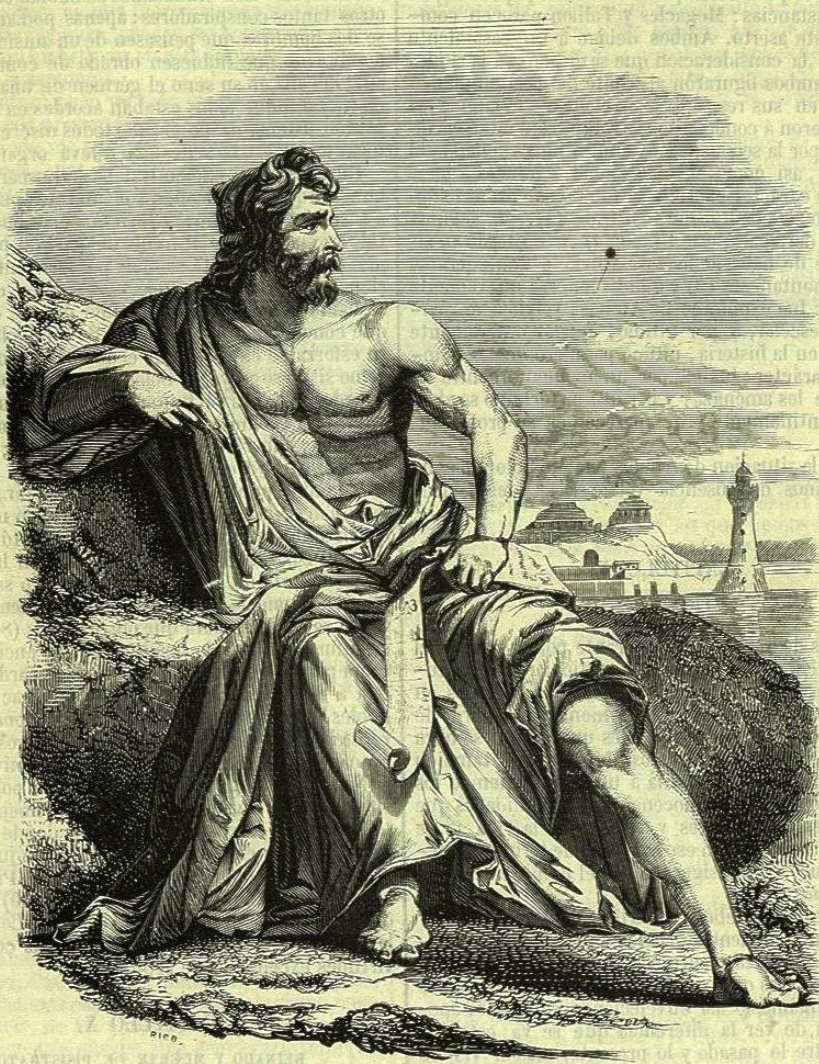
(8) PLUT., in Solon.

(9) JUSTIN., lib. II, cap. VIII.

(10) PLUT., in Solon.

cambiando por tercera vez de partido le puso en la precisión de volverse á expatriar. Dos veces las tempestades que suelen formarse alrededor de los tiranos cerraron á Pisistrato de su trono, y dos veces el pueblo lo volvió á colocar con su propia mano (1). El fin de su carrera fue mejor que lo que podía esperarse, pues terminó tranquilamente sus días en Atenas

dejando á sus dos hijos la usurpada corona (2). Por lo demás esas diversas facciones habían á su vez, según las eventualidades de la fortuna, llenado los países extranjeros de emigrados atenienses. Al morir Pisistrato se hallaban los moderados y los aristócratas diseminados por varias ciudades de la Grecia (3) y no tardaremos en verles desempeñar en ellas el mismo



DRACON.

papel y con igual resultado que los constitucionales y aristócratas de Francia representaron tan desgraciadamente en Europa.

CAPITULO XI.

HIPARCO E HIPIAS.—ASELINATO DEL PRIMERO.—COMPARTICIONES.

Hipias é Hiparco subieron al trono en medio de los

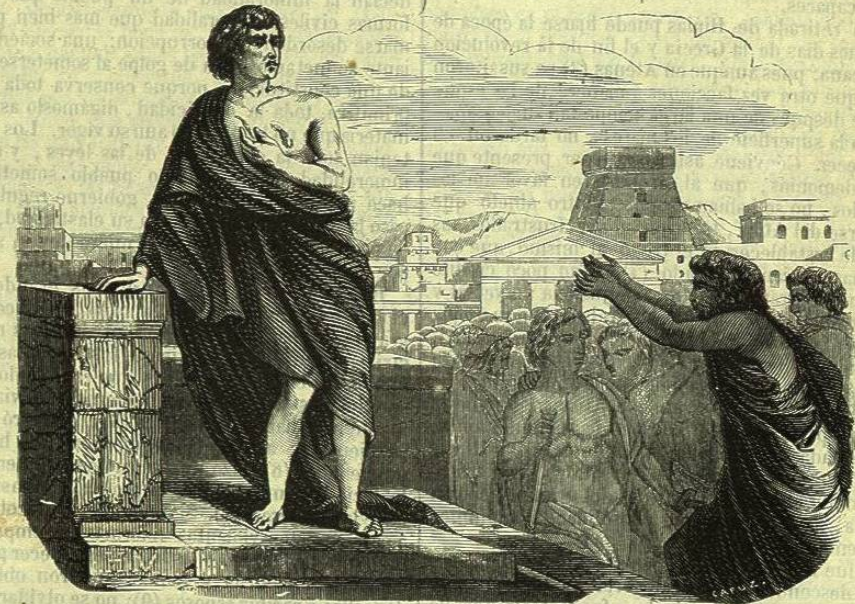
(1) HEROD., lib. I, cap. LXIV; ARIST., lib. V, de Rep., capítulo XIII.

(2) *Id. Ibid.*
(3) HERODOT., lib. V, cap. LXII.
(4) THUCYD., lib. VI, cap. LIV.
(5) ATHEN., lib. XII, cap. VIII.

si a fatalidad que arregla los imperios, no hubiese dispuesto de otro modo la serie de los sucesos (a).

Habiendo Hiparco sido insultado por un valeroso joven ateniense llamado Harmodio, tomó venganza haciendo sufrir públicamente una afrenta á su hermana (1). Harmodio juró con su amigo Aristogiton quitar la vida á los tiranos de su patria (2). No confiaron

su proyecto sino á unas pocas personas leales, contando para el momento de la ejecución con los principios políticos de unos, las pasiones de otros, y con el secreto placer que los mas experimentan al ver sufrir las amargas de la suerte á las personas que en otro tiempo les habrían parecido dichosas. Por amor de la humanidad conviene olvidarse de que el vicio y



PISISTRATO SE PRESENTA AL PUEBLO CUBIERTO DE HERIDAS.

la virtud no pocas veces conducen á unos mismos resultados (b).

Estando fijado el momento de la ejecución para el día en que se celebraban las fiestas llamadas Panateneas, los asesinos fueron al sitio convenido, mataron á Hiparco y no pudieron saciar su venganza en Hipias, porque consiguió fugarse. Mejor le hubiera sido, sin embargo, el participar de la suerte de su hermano! Puesto Aristogiton en cuestión de tormento, acusó pérfidamente á los amigos mas queridos de Hipias (3), que en el acto fueron entregados á los verdugos. La amistad ofreció ese sacrificio tan ingenioso como terrible á los manes de Harmodio, á quien los satélites del tirano habían despojado de la vida.

Desde entonces Hipias, desengañado de que los favores nada conseguían en el corazón humano, no

quiso deber la seguridad de su persona mas que á los actos de su barbarie (4). Atenas se llenó de proscripciones: pusiéronse en juego los tormentos mas horribles, y las mujeres de aquella época se distinguieron como en la nuestra por la constancia mas heroica (5). Viéndose á cada paso amenazados de muerte los ciudadanos, se dieron prisa en abandonar de tropel aquella patria; pero siendo mas dichosos que los emigrados franceses, pudieron llevar consigo sus riquezas y por consiguiente (6) su virtud (c). Así es como hemos visto multiplicarse los asesinatos en nuestra patria, y huir de ella bandadas de ciudadanos que iban á incorporarse con sus desgraciados compatriotas en otras regiones extranjeras, cuando después del supuesto asesinato de uno de los satélites de Robespierre, se creyó el monstruo obligado á renovar su furor.

CAPITULO XII.

GUERRA DE LOS EMIGRADOS.—FIN DE LA REVOLUCION REPUBLICANA EN GRECIA.

Los desterrados acudieron á las potencias vecinas solicitando que les restablecieran en el uso de sus

(4) THUCYDID., lib. VI, cap. LIX.
(5) *Id. Ibid.*
(6) HEROD., lib. V.
(c) Amarga ironía. (N. ED.)

(a) Otra vez la fatalidad; no tardaremos en consolarnos con un acento de la religión. (N. ED.)

(1) THUCYD., lib. VI, cap. LVI.

(2) *Id., Ibid.*—PLUT., in Hipparc., p. 229.

(b) Esto es horrible, y solo puede considerarse como la imprecación de un joven que se cree próximo á la muerte, y que no ha sufrido mas que desgracias que cree no haber merecido. Rasgos como este son mucho menos disculpables que las tontas impiedades de este libro, que por otra parte deben ser imputadas al espíritu de la época en que se escribió el Ensayo. (N. ED.)

(3) SENEC., de Ira, lib. II, cap. XXIII.

derechos. Mezclaron con su propio interés el interés de la religión (1) y el de un pueblo que representaban como oprimido por los tiranos. Los Lacedemonios tomaron las armas en favor suyo (2), y fueron por de pronto rechazados por los atenienses hasta que una casualidad les dió por último la victoria. Habiendo caído en manos de los lacedemonios los hijos de Hipias, este que antes que rey se consideraba padre, consintió rescatarlos á costa de su abdicación, y se avino á expatriarse antes del término de cinco días. Esa caída arranca lágrimas: no es agradable ver que un tirano concluye su carrera por un rasgo del que muchos hombres que se reputan honrados no serían tal vez capaces.

En la retirada de Hipias puede fijarse la época de los buenos días de la Grecia y el fin de la revolución republicana: pues aunque en Atenas (3) se suscitaron alguna que otra vez facciones á manera de las espumas que después de una larga tempestad suelen aparecer en la superficie de los mares, no tardaron en desaparecer. Conviene asimismo tener presente que los lacedemonios, que al armarse en favor de los emigrados, no se habían propuesto otro objeto que apoderarse del Atica, trataron al ver frustrados sus planes de restablecer en el trono al mismo que con sus armas habían derrocado (4). ¡Tan poco crédito merecen esas grandes palabras de justicia universal y de filantropía! La naturaleza ha grabado con su propia mano en el corazón del hombre el deseo de libertad, y la tiranía y libertad para nosotros, esclavitud para los demás, tal es la divisa del género humano (a).

La reinstalación del tirano de Atenas, propuesta por los espartanos en el consejo de los amficiones, fue desechada con indignación. El desgraciado Hipias se retiró entonces á la corte del sátrapa Artafernes, desde donde atrayendo las armas del gran rey contra su patria, no hizo mas que consolidar la república que intentaba destruir.

Este fue uno de los primeros príncipes que habiendo descendido de la categoría de monarca á la humilde condición de particular, fue arrastrado de país en país su malhadada existencia á cargo de la tierra, teniendo que devorar en todas partes la insolencia ó la comiseración de los hombres (b).

Aquí termina como ya lo he hecho observar anteriormente la revolución popular en Grecia. Mas antes de pasar á los caracteres generales y á la influencia de esta revolución en los demás países, es necesario volver á tratar de Esparta.

CAPITULO XIII.

ESPARTA.—LOS JACOBINOS.

Esparta aparece como un fenómeno en medio del mundo político. En ese país encontramos la causa del gobierno republicano, no en las cosas, sino en el mas insigne talento que los siglos han producido. La fuerza intelectual de un solo hombre produjo aquellas nuevas instituciones de las que puede decirse que salió un mundo nuevo. No entra en mi plan el repetir aquí lo que mil publicistas han dicho ya acerca de Lacedemonia. He aquí, pues, únicamente algunas reflexiones que se enlazan con mi asunto.

El trastorno general que los franceses y sobre todo

(1) HERODOT., lib. v.

(2) *Id.*, *Ibid.*

(3) *Id.*, *Ibid.*, cap. LXVI.

(4) *Id.*, *Ibid.*

(a) No quisiera haber dicho verdad: me es grato suponer que he calumniado la especie humana. Por mi parte sé que al pedir independencia para mí, la reclamo también para los demás.

(b) Si se suprimieron de esta historia de los Pisistratidas algunas frases relativas á la revolución francesa y á sus agentes; no carecería tal vez de interés y de ulteriores miras: el tono que en ella domina es grave, al par que triste. (N. ED.)

los jacobinos, intentaron verificar en las costumbres de la nación, destruyendo la propiedad, trasportando las fortunas, cambiando los usos y hasta el mismo culto de la Divinidad, no ha sido mas que una imitación de lo que Licurgo hizo en su patria. Mas lo que fue posible en un país de poca población y muy próximo al estado de la naturaleza, ¿era, por ventura, practicable en un antiguo reino de veinte y cinco millones de habitantes? Se dirá que el legislador griego transformó en ciudadanos virtuosos á unos hombres sumergidos en toda clase de vicios, y que otro tanto pudo hacerse en Francia. Pero muy distantes están de ser idénticos ambos casos. Los lacedemonios padecían la inmoralidad de un pueblo que existe sin formas civiles: inmoralidad que mas bien puede llamarse desorden que corrupción: una sociedad semejante se metamorfosea de golpe al someterse al influjo de una constitución, porque conserva toda la fuerza primitiva, toda la elasticidad, digámoslo así, de una materia que no ha perdido aun su vigor. Los franceses tenían toda la corrupción de las leyes, y además la inmoralidad de un antiguo pueblo sometido desde hace mucho tiempo á un gobierno regular. En tal caso la materia ha perdido ya su elasticidad, y en vez de prestarse á la impresión de nuevas leyes, se quiebra por todas partes.

Hay también que advertir que las grandes innovaciones que Licurgo llevó á cabo en Lacedemonia, gravitaron mas bien en el orden de cosas morales y civiles, que en las políticas. Instituyó las comidas públicas y ciertas asambleas que reuniendo todas las condiciones de los clubs modernos, servían únicamente para hablar de política (5); desterró el oro y las ciencias; arregló las requisiciones de hombres y propiedades (6); hizo una repartición de terrenos, estableció la comunidad de la prole (7) y casi también la de las mujeres (8). Siguiéndole los jacobinos paso á paso en estas violentas reformas, se empeñaron en destruir el comercio y las letras, establecer gimnasios, comidas patrióticas y clubs; quisieron obligar á las doncellas á recibir esposos (9); no se olvidaron de poner en práctica las requisiciones, y se disponían á promulgar leyes agrarias.

Aquí concluye la imitación. El sabio lacedemonio no hizo ninguna innovación religiosa, y dejó á sus compatriotas sus dioses, sus reyes y sus asambleas populares (10), que desde época inmemorial acostumbraban celebrar con el resto de la Grecia. No hizo vibrar á un mismo tiempo todas las fibras del corazón humano, rompiendo imprudentemente todas las preocupaciones; supo respetar lo que era digno de respeto, y tuvo buen cuidado de acometer su empresa

(5) PLUT., *in Lyc.*; PAUSANIAS, lib. III, cap. XIV, p. 240. ISOCR., *Panath.*, tit. II. Cuanto mas se estudian las leyes de Licurgo, tanto mas imposible parece que pueda hacerse ya nada nuevo en política, pues su talento extraordinario no omitió cosa alguna de cuantas pueden interesar al hombre, desarrollar sus facultades, é influir en sus pasiones. Licurgo y Newton han sido á manera de dos divinidades de la especie humana. (N. ED.)

(6) XENOPHON., *de Rep. Laced.*, p. 681.

(7) PLUT., *Ibid.*

(8) *Id.*, *Ibid.*

(9) Bien sabidos son los decretos propuestos en la Convención para obligar á las mujeres de los emigrados, y las jóvenes que llegaban á cierta edad á casarse con los que entonces se llamaban ciudadanos. Un sugeto de cuya veracidad no puedo sospechar, me ha referido que durante el mas violento período de la persecución de Robespierre solían entrar en los calabozos donde estaban hacinadas las mujeres y las hijas de los emigrados, algunos hombres perversos que tenían valor para decirles: Ciudadanas, mañana á la guillotina... Pero aun os queda un medio de salvaros: casaos con nosotros, etc. acompañando estas palabras con gestos y expresiones, cuyo solo recuerdo estramete, al meditar los crímenes de que el hombre es capaz.

(10) PLUT., *in Lyc.*

en medio del trastorno de guerras que engendran toda clase de immoralidades. Ciertamente es que tuvo que vencer obstáculos sin cuento: no faltó ocasión en que tuvo que emplear hasta una especie de violencia (1); mas no derramó en el patíbulo la sangre de sus conciudadanos para convencerles de la superioridad de sus nuevas leyes; lejos de eso llegó hasta mostrar cariño á los que con descompasada energía se atrevieron á oponerse á sus innovaciones (2). Tal vez sea este cuadro uno de los asuntos mas curiosos y de mas alto interés que en los fastos del universo se presentan. ¿Qué puede haber en efecto mas interesante que encontrar en este pasaje el plan original del admirable edificio tan desastrosamente copiado por los jacobinos? Bien merece la pena de que nos detengamos un momento á deducir útiles lecciones. En los capítulos siguientes iré comparando el cuadro de las reformas hechas por los jacobinos con el de las llevadas á cabo por Licurgo, que sirvieron de modelo á las primeras, y de las que acabo de dar una sucinta relación. No obrando de este modo, sería imposible formarse una idea exacta de las relaciones y diferencias de ambos sistemas, considerados bajo el aspecto del tiempo, lugares y circunstancias: hecho esto, el mismo lector podrá fallar acerca de las causas que consolidaron la revolución en Esparta, y acerca de las que influirán para sostenerla ó destruirla en Francia. El que lee la historia se parece al que viaja por el desierto al través de aquellos bosques fabulosos que en los tiempos mitológicos se suponían dotados de la facultad de predecir (a).

CAPITULO XIV.

CONTINUACION.

Si bien se propusieron los jacobinos por modelo á Licurgo, partieron sin embargo de un principio enteramente opuesto. La gran base de su doctrina era el sistema de perfección (3) que yo desarrollaré en lo sucesivo, á saber, que los hombres llegaran algun dia

(1) *Id.*, *Ibid.*

(2) PLUT., *in Lic.*

(a) Esparta y los jacobinos! Sin embargo, la comparación establecida en este capítulo, puede hablando con todo rigor sostenerse, pues no hay duda que los semi-literatos que fueron los primeros caudillos de los jacobinos afectaron imitar á Roma y á Esparta, según lo acredita la nomenclatura que tomaron de los hombres y las cosas de esos países. Los capítulos siguientes que sañendo de las comparaciones generales entran á comparar detalles, caen en esas semblanzas inoportunas que he criticado ya tantas veces en estas notas; pero al mismo tiempo están escritas con tal afluencia de indignación, con tanto vigor de odio al crimen, que bien puede perdonarseles lo que tienen de absurdo en su sistema de composición. También me parece que el estilo se eleva en esos capítulos, y puede compararse con lo menos malo que he escrito en política ó historia durante las últimas épocas de mi vida. Las personas que desenterraron el *Ensayo* para echarme en cara, no lo habían sin duda leído todo. Es probable que los que me han obligado á presentar contra mi mismo ese documento justificativo, no quedaron tal vez enteramente satisfechos. (N. ED.)

(3) Este sistema (mas ó menos adoptado por los demás revolucionarios, pero que exclusivamente pertenece á los jacobinos), sobre el cual se desarrolló toda la revolución, es muy poco conocido del público. Los iniciados en ese gran misterio, se lo ocultaban religiosamente á los profanos. Creo ser el primer escritor de actualidades que ha arrancado la máscara al ídolo. Yo tuve ocasión de oír ese secreto de boca del mismo Champfort, á quien se le escapó en cierta ocasión que fui á visitarle. Ese sistema de perfección ha merecido mucho aplauso en Inglaterra entre los miembros de la SOCIÉTÉ CORRESPONDANTE. Los S. S. T. y H. han adoptado según parece, los mismos principios, así como el autor del libro titulado JUSTICIA GENERAL, obra, que á pesar de mi divergencia de opiniones con las del autor, no puedo menos de decir que revela ideas poco comunes en política. Se encontrará todo lo que tiene relación con esta interesante circunstancia en la segunda parte del libro V de este *Ensayo*.

á un estado de pureza desconocida en la actualidad, tanto por lo relativo al gobierno, como por lo concerniente á las costumbres (b).

El primer paso que habia que dar hacia ese sistema era el establecimiento de una república. Los jacobinos, á quienes ciertamente no se les puede negar la horrible alabanza de haber sido consecuentes en sus principios, habían comprendido que el vicio radical existía en las costumbres, y que en el estado moral de la nación francesa, esto es, con la desigualdad de fortunas, con las diferencias de opinión, con las ideas religiosas, y con otros mil obstáculos, era imposible pensar en una democracia sin verificar una revolución completa en el orden moral (c). ¿Dónde podria encontrarse el talisman capaz de allanar tan insuperables dificultades? En Esparta, ¿qué costumbres podrian substituir á las antiguas? Las mismas que Licurgo puso en lugar de los antiguos desórdenes de su patria. El plan estaba, pues, trazado: los jacobinos no tenían que hacer mas que seguirlo. Pero, ¿cómo habían de poder ejecutarlo? Al promulgarse en Lacedemonia las nuevas leyes, el país disfrutaba de una paz profunda. A Licurgo le habia sido fácil hacer que los propietarios de un pequeño país consintieran de grado ó por fuerza en la partición de las tierras y en la igualdad de condiciones: le era fácil mandar armamentos en masa y requisiciones forzadas para las guerras que en lo sucesivo ocurrieran, cuando todo en su alrededor estaba tranquilo, y por último podia también transformar fácilmente la monarquía en gobierno popular, tratándose de un país que poseía anticipadamente los elementos de este último. ¿Qué diferencia de tiempos y de circunstancias entre la época de la reforma lacedemonia y aquella en que los jacobinos pretendían introducirla en Francia! Véase este país atacado por la Europa entera, desgarrado por las guerras civiles, agitado de mil facciones, sus plazas fronterizas perdidas ó sitiadas, sin ejército, sin mas recursos que una clase de papel desacreditado que por momentos acababa de desvirtuarse, con el desaliento en todas las clases, y por último amenazado del hambre. Esa era la situación que presentaba la Francia cuando algunos hombres pensaban entregarla á una revolución general. Preciso era remediar esa complicación de males; preciso era establecer como por milagro la república de Licurgo en un pueblo envejecido en la monarquía, inmenso en su población, y corrompido en sus costumbres, y salvar á un mismo tiempo sin ejércitos á un gran país, afeminado en la paz y estenuado por las convulsiones políticas de la invasión de ciento cincuenta mil hombres de las tropas mas aguerridas de Europa.

Solo aquellos delirantes pudieron discurrir medios y lo que es aun mas increíble llegar en parte á realizarlos: abominables eran sin duda aquellos medios; pero preciso es también confesar que la concepción fue una idea gigantesca. Aquellos espíritus sublimados, por decirlo así, en el fuego del entusiasmo republicano, y reducidos por sus escrúpulos depuratorios (4), á la quinta esencia del crimen, desplegaron repentinamente una energía sin ejemplo, y

(b) No es falso este sistema sino por lo tocante á las costumbres. (N. ED.)

(c) Los jacobinos carecían de talento para combinar un plan con arreglo á estas bases; yo les supongo talento, cuando no debería suponerles mas que crímenes, que alguna vez han producido también inmensos resultados. Tampoco estoy acertado en atribuir á un puñado de hombres sanguinarios lo que debe atribuirse á toda la nación: la defensa de la patria. Hago demasiado honor á unos perversos asociándolos á una gloria que apenas basta á sofocar con su esplendor tan abominable recuerdo. (N. ED.)

(4) Sabido es que los jacobinos en ciertas épocas periódicas expulsaban de su seno todos los miembros que contemplaban como sospechosos de moderantismo ó de humanidad: eso es lo que ellos llamaban *escrutinio depuratorio*.

consumaron atentados que sobrepujan en enormidad á cuantos se presentan en la historia.

Conocieron que para obtener el resultado que se proponían, no podían serles útiles los sistemas de justicia, ni los axiomas comunes de humanidad, ni todo el círculo de los principios adoptados por Licurgo, y por lo tanto, se propusieron seguir un rumbo opuesto. Esperar que la muerte hiciera desaparecer los grandes propietarios, ó que estos consintieran en despojarse; que los años desarraigasen el fanatismo, ó vinieran á cambiar los usos y costumbres; que el ejército se fuera reemplazando con nuevos reclutamientos; todo eso les pareció de éxito poco seguro y demasiado lento, y como si el establecer la república y el defender el país, fuesen empresas, que acometidas separadamente no se acomodarán á la magnitud de su ardimiento, resolvieron acometer las dos á un mismo tiempo.

Seguros de la adhesión de la guardia nacional, colocados en sus respectivos puestos los agentes que en todos los ángulos de la república habían de intervenir en la obra, y dada la palabra de paso á todas las sociedades secretas, tapándose los monstruosos ejecutores del plan los oídos, mas bien dicho, embotando cuanto les fue posible su sensibilidad dieron la espantosa señal que debía reanimar las cenizas de la antigua Esparta. La nación creyó oír el pavoroso eco de la trompeta del ángel exterminador; los monumentos de los hijos de los hombres se derrocaron sobre sus cimientos: entreabrióse las tumbas como para devorar las nuevas presas.

CAPITULO XV.

CONTINUACION.

Mil ensangrentadas guillotinas aparecieron simultáneamente en todas las poblaciones de Francia. Entre el estrépito del cañón y el redoble de los tambores el ciudadano se despertaba á media noche y recibía la orden de marchar al ejército, y en tanto que creyéndose víctima de la ilusión de un sueño, duda y vacila en lo que ha de hacer, sus ojos se fijan en los pálidos rostros y en los mutilados cuerpos de los infelices que tal vez no rehusaron obedecer á la primera intimación, sin tener el triste consuelo de dar el postrer adiós á su familia! ¿Qué podrá hacer en tal conflicto? ¿A quién podrá reunirse para evitar la requisición? (1) Cada ciudadano ha sido cogido aisladamente; no hay medio de defensa. Por una parte es inevitable la muerte, por la otra ve pasar grupos de voluntarios que huyendo del hambre, de la persecución, y de la intolerancia del interior, van al ejército, ébrios de vino, de himnos (2) y de juventud á buscar pan y libertad. No hallando, pues, mas que un solo camino para evitar la guillotina que no se aparta de su vista, se lanza por él y marcha al ejército con el corazón abrumado de desesperación. Al llegar á la frontera la necesidad de defender su vida, el valor natural á su raza, la volubilidad y entusiasmo de su carácter, la buena paga que goza, (3) el alimento abundante, el tumulto, los azares de la vida militar, las mujeres, el vino y su condición naturalmente dispuesta á la alegría, le hacen olvidar que ha sido violentamente arrancado de sus hogares, y por último llega á conve-

(1) Ya hemos dicho que la idea de las requisiciones se tomó de Esparta. Todos los ciudadanos estaban obligados á servir á la patria desde los veinte á los sesenta años. En caso de urgencia, los reyes y los eforos podían requisar caballos, esclavos, carros, etc. (V. PLUTARCO Y JENOFONTE).

(2) Los himnos de Tirteo en Esparta, y los de Lebrun y Chenier en Francia.

(3) La paga está demás. No pocas veces se batieron los soldados republicanos sin paga y sin vestidos. Solo en tiempo del Imperio principiaron las fortunas militares.

tirse en un héroe. Así es como el rigor y las recompensas crean ejércitos como por encanto. Una vez dado el primer ejemplo de obediencia á las requisiciones, los hombres cediendo al impulso de imitación, y desentendiéndose de sus propias opiniones, siguen precipitadamente los pasos de los demás.

Estos fueron los rudimentos de la fuerza militar, pero era preciso darles organización. Un comité, cuyos talentos, según dicen, no pudieron ser excedidos sino por los crimenes, se ocupó en dar unión á esos cuerpos disgregados, y no se crea que para eso se consultaron las tácticas de los Julio César ni los Turrennes; nada de eso. Todo debía ser enteramente nuevo en un mundo de nueva creación. Ya no se trataba de salvar la vida de un hombre, ni de dejar de dar una batalla, cuando la pérdida pudiera ser por lo menos reciproca: todo el arte se redujo á un cálculo de masas, de velocidad y de tiempo. Los ejércitos se precipitan en número duplicado ó triplicado con respecto á las masas: los soldados de artillería viajan en posta de Niza á Sila por lo tocante á la velocidad, y todas las horas son á propósito para caer sobre el enemigo: quedan, pues resueltos los tres problemas. ¿Se perderán diez mil hombres para tomar una posición? ¿Será preciso atacar veinte veces y veinte días seguidos un reducto? (4) ¿Qué importa si por último se consigue la victoria? Fácil es hacer conquistas cuando no tiene ningun valor la existencia de los soldados. ¿No son conducto seguro los desertores y los espías? En medio del campo raso van los ingenieros á estudiar los flancos mas débiles de los ejércitos enemigos y á asegurar la victoria á despecho del secreto y del talento. El telégrafo hace volar las órdenes: la tierra cede su salitre y la Francia vomita innumerables legiones.

CAPITULO XVI.

CONTINUACION.

Al paso que los ejércitos se organizaban, iban poblándose las cárceles con todos los propietarios de la nación. En unas partes los ahogaban á millares (*en Nantes*): en otras abrían las puertas de los calabozos llenos de víctimas, y descargaban sobre ellas cañones cargados con metralla, (*en Lyon*). El cuchillo de la guillotina no descansa de día ni de noche. La acción de esta máquina de destrucción pareció demasiado lenta en concepto de los verdugos; no faltaron artistas que inventaron otras capaces de cortar muchas cabezas de un solo golpe (*en Arras*). Preciso fue cambiar el sitio donde se hacían las ejecuciones, pues ya no era practicable el paso por las plazas públicas inundadas de sangre: no cabían ya los cadáveres en los inmensos fosos que se habían abierto á propósito; hubo que abrir otros nuevos (5). Ancianos octogenarios, niñas de diez y seis años, padres, madres, hermanos, hermanas, maridos, esposas, todos confundidamente caen en un horrendo monton, cubiertos los unos con la sangre de los otros.... De esta manera consiguieron los jacobinos cuatro objetos cardinales para el establecimiento de la república: destruyeron la desigualdad de condiciones, nivelaron las fortunas, aumentaron la hacienda pública apropiándose los bienes de los sentenciados, y se capturaron la adhesión del ejército, lisonjeándolo con la esperanza de ponerlo algun dia en posesión de aquellos bienes.

Sin embargo, el pueblo que no oye hablar mas que de conspiraciones, de perdidas y de invasión, aterrado por sus propios amigos, y creyéndose puesto so-

(4) En Esparta el general que salía mal de un primer combate estaba obligado á volverlo á dar. (JENOFONTE, Historia de Grecia).

(5) Véanse los *Mensages à la Convencion*.

bre una mina próxima á estallar, cayó en una especie de estúpido terror. Ya lo habían previsto los jacobinos (a). Entonces le pidieron su alimento y el pueblo se lo dió; su vestido, y el pueblo se despojó de él; su vida, y el pueblo la entregó sin dar una señal de sentimiento (1). Vió el pueblo que los templos se cerraban; vió caminar sus ministros al patíbulo, vió que su antiguo culto quedaba proscripto bajo pena de muerte. Dijéronle que no temiera las venganzas del cielo sino la guillotina, y al mismo tiempo le proponían que adorara virtudes, en cuyo obsequio se instituyeron públicas solemnidades, en las que unas jóvenes vestidas de blanco y coronadas de rosas, entretenían la estúpida curiosidad de la multitud, cantando himnos en honor de los dioses (2). Llegó aquel desgraciado pueblo en medio de su estupefacción á no saber dónde, ni cómo existía. En vano se ofrecían alguna vez á su memoria recuerdos de sus antiguas costumbres; nada de ellas existía ya. Parece que una nación extranjera extrañamente vestida (3), ha invadido el suelo patrio, y reemplazado á la antigua generación. Si recuerda sus antiguos dias festivos y sus acostumbrados deberes, oye resonar en su oído otros nombres cuyo significado apenas puede comprender. No figura ya el domingo en el catálogo de los dias. Presume el pueblo que aquel estado de angustia cesará al principio el año nuevo. ¡Vana esperanza! Como si para siempre hubiese sido condenado á tal cúmulo de miserias, los meses han cambiado de nomenclatura, y el tiempo ha variado su sucesión cronológica, de modo que no parece sino que el efecto de la revolución política ha influido hasta en la revolución periódica de los astros. Anda sobre su suelo nativo el triste pueblo como desencaminado en una tierra de prodigios, temiendo extraviarse al atravesar calles y plazas, cuyos nombres le son desconocidos (4).

Si tales innovaciones perturbaban su cabeza, no eran menos extrañas las ideas que acababan de trastornar su corazón. La lealtad, la constancia, el amor á los hijos, el respeto á la religión, todos esos nobles afectos que desde su infancia estaba acostumbrado á considerar como muy buenos, no son, según le dicen ahora, mas que vanas quimeras de que los tiranos se aprovechan para tener en sujeción á los esclavos. No debía un republicano (5) tener amor, ni lealtad, ni respeto mas que á la patria. Resueltos finalmente los jacobinos á producir un cambio total en la sociedad, y sabiendo que la educación es lo que forma al hombre, pusieron á los ciudadanos en la precisión de enviar sus hijos á los colegios militares, en donde se les nutrió de hiel y de odio contra toda clase de gobiernos, y preparándolos por medio de una educación á lo espartano (6), se les puso en disposición de emprender la conquista del mundo, enseñándoles á cambiar los mas dulces afectos de la naturaleza por la ferocidad de los tigres, ó las virtudes de unos seres cuyo corazón fuera de metal.

(a) Los jacobinos nada habían previsto: sacrificaban al pueblo solo por sacrificarlo. La revolución era un combate entre lo pasado y lo presente, solo se pensaba en triunfar sin pensar en lo que se haría despues de la victoria. (N. ED.)

(1) Requisiciones de Esparta.

(2) Para sustituirlo con el culto de la Grecia.

(3) El gorro de los hombres y la casi desnudez de las mujeres eran tambien imitación de Esparta, aunque podrían haberlo sido asimismo de otros países.

(4) Muy conocidas son las variaciones que se hicieron en la nomenclatura de los meses, de las calles, etc.

(5) En esto se echa particularmente de ver toda la moral de Licurgo, pero pervertida y acomodada á su manera.

(6) Los gimnasios. Sabido es que el carácter dominante de Esparta era el odio á las demás naciones, y el espíritu de ambición. «¿En dónde fijareis vuestras fronteras», preguntaron á Agecilaos? En la punta de nuestras picas», contestó el Lacedemonio. Los republicanos franceses habían respondido tal vez: «En la punta de nuestras bayonetas».

A tal estado había quedado reducido el infeliz pueblo traqueteado por las poderosas manos de aquella facción, transportado sin saber cómo á un nuevo mundo, aturdido con el clamor de las víctimas y los cánticos de victoria que resonaban en todas las fronteras, cuando Dios fijó una mirada sobre la Francia, y precipitó otra vez los monstruos en el abismo (7).

CAPITULO XVII.

FIN DEL ASUNTO.

Acabamos de ver lo que fueron los jacobinos. Mucho se ha hablado acerca de ellos, y sin embargo son pocas las personas que los conocieron. La mayor parte de estas se contentan con declamar y revelar los vicios de aquella sociedad, sin dar noticia del principio general que era el móvil de todas sus acciones. Ese principio consistía en el sistema de perfección para el cual era preciso restaurar las leyes de Licurgo.

Hemos concedido demasiado á las pasiones y á las circunstancias. Un rasgo distintivo de nuestra revolución es, que es preciso admitir la vía especulativa y las doctrinas abstractas como causa infinita en sus efectos. La revolución fue producida en parte por los literatos que habitando, por decirlo así, mas en Roma y en Atenas que en su patria, trataron de resucitar en Europa las costumbres antiguas (8). Por este ligero

(7) No falta quien se ha reído de la minuciosidad con que los franceses trataron de cambiar su traje, costumbres é idioma; pero es indudable que obraban con arreglo á un plan vasto y meditado. Los que saben la influencia que ejercen en el corazón humano unas palabras frívolas en apariencia cuando recuerdan costumbres antiguas, placeres ó penas comprenderán la profundidad de semejante plan.

Cuando se considera las grandes empresas llevadas á cabo por los jacobinos, los descubrimientos de historia natural que durante su dominación se hicieron, y los eminentes generales que se formaron en su escuela, no se puede menos de confesar que aquellos monstruos escapados del infierno trajeron consigo parte de los talentos diabólicos. No ignoro que desde su caída se esfuerza el partido reinante en representarla como unos imbéciles é ignorantes; pero puede calcularse el vigor de ese partido por los sacudimientos que ahora mismo está dando al gobierno.

No vaya á creerse que tengo la locura de afirmar que los jacobinos pretendieron reproducir materialmente el siglo de Licurgo en Francia: lo que quiero decir es que los caudillos de aquel partido aspiraron á una severa reforma, y que encontraron trazado en la historia de Esparta el plan que debían seguir. Algunas veces he sentido que el magnífico cuadro que tales sucesos presentan no haya sido delineado por manos mas hábiles que las mías.

(8) No se crea que me expreso así para insultar á ningún literato francés. Nunca será la diversidad de opiniones un motivo que me impida respetar los talentos. Aun cuando no fuera mas que por las relaciones que en otros tiempos tuve con algunos de aquellos hombres célebres, sabría en la actualidad contenerme en los límites del decoro.

Siempre me será grato recordar que algunos de ellos que gozan de merecida celebridad, como Mr. de La Harpe, se dignaron alentar los esfuerzos de un joven que no tenía otro mérito mas que su sensibilidad. La desgracia nos hace ser injustos, y nosotros, los emigrados no tenemos razon en despreciar la literatura de aquella época. Ademas del autor que he citado, recuerdo con singular placer los nombres de Bernardino de Saint-Pierre, Marmontel, Fontannes, Parny, Lebrun, Guinguené, Hins, Semierre, Collin d'Harleville, etc. etc. Los señores Fontannes, Lebrun y otros muchos no parece sino que duplicaban sus talentos en proporción que se aumentaban los males que afligían á sus compatriotas.

Parece que la poesía adquiere nuevo brillo entre las ruinas de los imperios, así como algunas flores se complacen en cubrir las ruinas de los edificios.

Por otra parte, los literatos que permanecieron en Francia, han juzgado con demasiada acrimonia á los que emigraron. Tampoco tengo la dicha de conocer á estos, pero no cabe duda que los señores Peltier, Rivard, etc., ocupan un puesto distinguido en la literatura francesa. Los señores d'Ivernois y Mallet du Pan no son franceses, mas como han es-